

Asia, pero Adorno no quiso los tesoros por cumplir su palabra al sultan embarcado en sus galeras.

Apénas el sultan vencedor hubo reunido tres mil genizaros bajo los muros de Galípoli, cuando se presentó á las puertas cubierto únicamente por la nube de flechas que sus trescientos pajes lanzaban á las murallas. Solo el aspecto de Amurat bastó para poner en fuga por todas las puertas que daban á la llanura de Tracia, á los restos acobardados de las huestes de Mustafá, y este sultan apénas tuvo tiempo para adelantarlos á la ciudad de Andrinópolis, donde reunió á toda prisa sus tesoros, los cargó en mulas y siguió huyendo hácia el monte Hemus, prometiéndose hallar un amigo y un vengador en el príncipe de Servia.

Amurat, mas pronto en perseguir que Mustafá, cargado con sus riquezas, lo estaba en escaparse, atravesó Andrinópolis sin detenerse, mandó montar á sus ginetes en caballos de refresco abandonados por Mustafá, y le alcanzó en Yenidje, aldea de las montañas á una jornada de la capital. La comitiva de Mustafá se dispersó al acercarse de repente los ginetes turcos y abandonó á su amo á su destino. Mustafá solo tuvo tiempo para meterse en una garganta del monte Togan, que cubre con sus bosques la madre del torrente del Tudja, donde se escondió entre las raices

de una encina, que se mojaban en las ondas. Un ademán silencioso de uno de sus esclavos reveló el lugar de su escondite al sultan Amurat, que le sacó de allí con sus propias manos, como si un sultan no pudiera ser encadenado sino por otro de su misma gerarquía.

Amurat llevó al emperador apócrifo, cargado de hierros y de maldiciones, á la ciudad de Andrinópolis, á beneficio de aquel mismo pueblo de aldeanos que se habia levantado en masa pocos dias antes para colocar á aquel aventurero, querido de su imaginacion, sobre dos tronos. Amurat, para dar un buen testimonio de su muerte á las incrédulas poblaciones del monte Hemus, mandó alzar una horea en la torre mas elevada de las murallas de Andrinópolis, hizo colgar en ella á su rival, y dejó flotar su cadáver en los aires que se columpió por efecto de sus cadenas, hasta que las águilas y los cuervos del monte Hemus despedazaron al sultan de Andrinópolis y dejaron desnudos sus huesos.

XIV

Sin perder tiempo para su venganza, Amurat II despues de haber consolidado su trono en Andrinó-

polis condujo su ejército, animado aun de ardor belicoso y embriagado con sus triunfos, bajo los muros de Constantinopla para pedir al viejo y pérfido Manuel la reparacion de las traiciones á la fe jurada en la ayuda que prestaron los griegos á Mustafá. El pueblo voluble de Constantinopla que habia exigido del viejo emperador que libertase á Mustafá para que hiciera la guerra al sultan Amurat, sitió en tumultuosa muchedumbre el palacio de Blakernes para exigir ahora de la corte las mas serviles concesiones al vencedor de Mustafá. El terror que habia sobreco-gido á la ciudad se cambiaba en sospechas y en furor contra los ministros y los negociadores de Manuel, á quienes el pueblo acusaba de lentitud en satisfacer la justa cólera del sultan. Teologos primer intérprete de la corte de Manuel, fué enviado por este al sultan Amurat para atenuar sus exigencias, y como no hubiera logrado desde luego concluir una paz cuyas condiciones eran demasiado humillantes para su amo, fué acusado por la voz pública de retardar las negociaciones en interés de su ambicion privada. El pueblo pedia á gritos su cabeza; los arqueros de la isla griega de Candia, que formaban la guardia del palacio, cansados de defender al acusado, concluyeron por pedir tambien su suplicio al soberano. Aquel emperador debil, arrojó á Teologos al pueblo

para desviar su rabia de su propia familia, y los de Candia arrastraron al inocente ministro bajo las ventanas del palacio, le sacaron los ojos, le cubrieron de heridas y le encerraron, ciego y moribundo, en una cisterna donde espiró á los pocos dias.

Su casa, que fué tomada, saqueada é incendiada por el populacho de Constantinopla, encerraba los vasos de oro y los otros presentes que debia llevar en secreto al sultan Amurat de parte del emperador, para obtener de él mejores condiciones. Estos tesoros inmensos le parecieron al pueblo un testimonio acusador de los fraudes y el dolo de Teologos. De este modo la calumnia sobrevivió al suplicio.

Sin embargo, Amurat, que conocia y que estimaba á Teologos, que Manuel habia enviado con frecuencia á la corte de su padre Mahomet I, se indignó con aquella inmolacion de un inocente, y sospechó que otro ministro del emperador, Pyllis de Efesio, rival de Teologos, habia fomentado la sedicion contra su cólega por sus odiosas instrucciones sembradas en el pueblo: Pyllis de Efesio se hallaba en aquel momento en las tiendas del sultan para proseguir las negociaciones, y Amurat le mandó cargar de hierros, le interrogó aplicándole el tormento para arrancarle la confesion de sus intrigas, y le hizo subir sobre la hoguera encendida ya para que expiara sus crímenes en

las llamas. Pyllis se libertó del suplicio por la apostasía, renegó del cristianismo y se refugió en la ley de Mahoma.

XV

Durante aquel bloqueo de Constantinopla que no tenia otro espacio libre que su mar, Amurat II dispersando su caballería por los campos que dependian aun del imperio griego, convirtió en un desierto las huertas, los jardines, las dehesas, las casas de recreo que el lujo de un doble imperio habia sembrado con abundante magnificencia en las cercanías de la primera capital del universo. Las aguas y los árboles sufrieron el castigo de los crímenes y de la cobardía de los habitantes. Para ahogar mucho mas todavía la respiracion de la ciudad de los Paleólogos, Amurat construyó una trinchera exterior que se estendia desde el palacio Cyclopion, cuyos jardines se hallaban suspendidos sobre el mar de Mármara, hasta el palacio elevado de Blakernes que dominaba el puerto del Cuerno de Oro desde lo alto de la colina imperial. Esta trinchera, con sus torrecillas de madera colmadas de

tierra, hacia frente á las murallas antiguas y á las torres de mármol que estrechaban la capital de Constantino en un semi-círculo de construcciones en que el arte griego, el bajo-relieve, las cornisas, los capiteles y los arcos de triunfo habian igualado las fortificaciones de una vasta ciudad con las paredes de un templo.

La noticia esparcida por Amurat en Asia y en Europa de que serian abandonados á los soldados los tesoros de los griegos, habia llenado su campamento de tratantes en ganado, de mercaderes de esclavos, de usureros judíos y de traficantes entre los que habia tambien muchos cristianos, que esperaban aquella presa, la mas rica de los tres mundos. Nubes de dervis mendigos que acudian del Diarbekir, del Tauro y de la Caramania, « se repartian ya en el pensamiento, dicen los historiadores genoveses y venecianos del campo de Amurat, los ricos monasterios « y las vírgenes consagradas que poblaban los innumerables conventos de aquella ciudad monacal. »

El viejo scheik Bokhari, á quien Bajazet-Ilderim habia dado en matrimonio una de sus hijas enamorada de sus virtudes, y que llamaban entonces el *emir-sultan*, fué á reunirse con Amurat escoltado por quinientos discípulos á caballo. Oráculo de los otomanos en los tres reinados últimos, el scheik Bo-

khari, cuya sabiduría en los consejos le había merecido el don de profecía, y que pasaba por llevar á su lado la victoria, entró en el campamento en medio del ejército prosternado á los pies de su mula. Bokhari se encerró despues de esta procesion triunfante en la humilde tienda de fieltro pardo, único palacio que quiso habitar por abnegacion, y pasó invocando á *Allah* toda la noche. Sus discípulos, durante esta meditacion del maestro, apostrofando desde lo alto de las torres á los guardias de Constantinopla, les mostraban con sus ademanes la inmensidad de las tiendas de Amurat, y les desafiaban á llamar en su ayuda á su Cristo tantas veces renegado en su santidad per sus vicios y mentiras.

XVI

Al otro día, el scheik Bokhari montó en un caballo de batalla y seguido de sus quinientos discipulos se adelantó con sable en mano hasta llegar bajo los muros de Constantinopla á cuyo lado estaban los vergeles del palacio de Blakernes. Era el 22 de agosto de 1422. Como un heraldo de las guerras caballe-

rescas, el anciano blandiendo su sable contra la ciudad lanzó tres veces el grito de guerra, *Allah y Mahoma*.

Este grito fué la señal del asalto; doscientos mil hombres de cada parte, todos de pie en las trincheras y en las torres, lo que parecia una batalla de dos ciudades y no una batalla de dos ejércitos, obscurecieron el aire con nubes de dardos, de piedras, de humo y de fuego. Esta lucha inmóvil que se estendia en igual cantidad de combatientes desde el palacio de Madera, hoy las Siete Torres, bañado por el mar de Mármara hasta el riachuelo Lycus que entra en el receptáculo encajonado del Cuerno de Oro atravesando las praderas de un valle, abrazaba todo el espacio en que Bizancio tiene por fosos sus tres mares.

En el estremo del peligro, Bizancio habia recobrado algunos restos del valor romano. Sus palacios, sus templos, su Dios, sus riquezas, sus mugeres, sus hijos, su libertad, su vida, el imperio todo temblaba, oraba, combatia detrás de aquella trinchera que al desmoronarse abriria paso á un diluvio de otomanos. El viejo emperador de Constantinopla Manuel, que tenia cerca de ochenta años, parecia no haber vivido hasta esa edad sino para asistir desde su lecho de muerte al último dia de su pueblo, y exhalaba sus últimos suspiros durante el combate. Su hijo Juan

Paleólogo luchaba durante la agonía de su padre en la puerta San Roman, la salida de triunfo de Constantinopla sobre el campo.

Todo el pueblo, hasta las mugeres, los viejos, los niños, los sacerdotes, los frailes y las religiosas, todo se había vuelto ejército en aquel día supremo, los unos buscando la salvacion, los otros la muerte y todos el martirio. Las dos religiones combatian como los dos pueblos. Los gritos de *Allah* y de *Chrystos* se cruzaban tumultuosamente por los aires. Cada uno de los dos ejércitos contaba para triunfar con un milagro. Pero el único milagro que aconteció estuvo en la naturaleza de las armas; los turcos que no tenían aun artillería ni fuego grequisco en su ejército, que poseian como únicos recursos el caballo y el sable, no podian asaltar unas trincheras fortificadas durante siete siglos sino por medio de escalas que se derumbaban bajo las peñas que rodaban de las almenas. Los soldados de Paleólogo que caian á flechazos eran reemplazados al punto sobre la brecha por centenares de nuevos combatientes suministrados por dos millones de hombres. El abismo de polvo, de fuego y de hierro que separaba las dos murallas, no se llenaba mas que de cadáveres. Ni una sola almena de los inexpugnables muros de Constantinopla y de sus macizas torres caia á impulsos de las máquinas de

madera y de tierra de los turcos. La tarde bajaba ya sin que se hubiera disminuido el ardor del combate, pero tambien sin que la victoria hubiera adelantado un solo paso. Cada partido parecia invocar con ansia la noche para acusar á las tinieblas del poco éxito de sus armas.

La supersticion de los dos pueblos ayudó á separar por fin á los combatientes. De repente se apareció sobre las murallas por entre el humo, á los ojos de los griegos y aun de los turcos, una virgen misteriosa vestida de un manto violeta bordado de oro, con el rostro resplandeciente por los últimos fulgores del sol en el ocaso. Al aspecto natural ó premeditado de una muger de hermosura celestial que con su brazo protegía la ciudad de los milagros, consolados los griegos y consternados los otomanos pusieron fin á la contienda. Un inmenso clamor de gratitud á la Panagia, virgen milagrosa de los bizantinos, se elevó en los aires, y esparció un terror pánico entre los crédulos dervises de Bokhari. Amurat II tan supersticioso como su pueblo, ordenó al ejército que quemara aquellas torres inútiles, que abandonara el cerco de madera y que entrara en el campamento. Este vano asalto de doce horas entre dos ejércitos que no habian podido acercarse cuerpo á cuerpo, costó poca sangre á las dos naciones, pues solo se recogieron al

pié de las murallas algunos centenares de cadáveres, pero el asalto de doscientos mil otomanos rechazados tan victoriosamente por una ciudad enervada dió á los griegos la confianza que quitó á los turcos, y prolongó con un reinado mas, la duracion del imperio.

XVII

Una nueva maniobra de los griegos, legítima entonces, puesto que se hallaba destinada á retardar el momento de su ruina, llamó en aquel mismo dia al Asia al sultan Amurat II; la corte de Bizancio acababa de agitar nuevamente al Asia bajo su trono.

Uno de aquellos griegos renegados del temple de Djunejd, que los soberanos otomanos llamaban con frecuencia á su corte para que enseñaran á sus hijos las letras, las artes y la política de los pueblos mas experimentados en la civilizacion refinada del Oriente, Elias, copero de Mahomet I, educaba en el palacio de Brusa á los hermanos de Amurat. El mayor de estos niños llamado tambien Mustafá-Sultan tenia doce años, y el menor contaba solo ocho. Elias, instigado por los Paleólogos, sacó una noche á sus dos disci-

pulos del palacio de Brusa, y los llevó á la corte de los Caraman, dispuesto siempre como hemos visto, á levantarse contra la casa de Othman.

Los Caraman saludaron con el titulo de sultan al jóven Mustafá bajo pretexto de que era hijo de una princesa servia, esposa de Mahomet I, en tanto que Amurat habia nacido de una hermosa odalisca, y le dieron un ejército de turcos para que reconquistara Brusa, y el trono que con tanta prontitud le habia arrebatado su hermano Amurat II.

El ejército de los Caraman aprovechándose de la ausencia de Amurat, que habia dejado sin tropas el Asia, avanzó hasta las puertas de Brusa, y pidió á la capital que reconociera en el jóven pretendiente al verdadero soberano del imperio. Los habitantes consternados, sin saber si debian proscibir la sangre de Mahomet, y sin querer esponerse al resentimiento de Amurat, enviaron algunos ancianos á Mustafá con homenajes y presentes, pero declararon que no se consideraban en libertad de abrir sus puertas á un ejército extranjero. Elias irritado, pero sin fuerzas, hubo de conducir á su discípulo y á su ejército ante la segunda ciudad imperial de Bithinia, Isnik, de la cual se apoderó despues de un sitio de treinta dias. De Isnik, el jóven emperador Mustafá se fué misteriosamente á Constantinopla donde fué recibido como

soberano por los Paleólogos, y concluyó un tratado con estos, á ejemplo de su padre y de sus tios.

XVIII

Durante esta ausencia del jóven emperador, Amurat II marchó precipitado al Asia, á preparar á un tiempo la corrupcion y la fuerza para ahogar aquella inesperada pretension al trono en la sangre de un niño, cuyo crimen debia recaer sobresu maestro. Elias lisonjeado por Amurat con la esperanza de ser nombrado gobernador de toda la Anatolia en pago de su perfidia con sus discípulos, se vendió tan fácilmente al sultan Amurat como se habia vendido á la ambicion de los Caraman. En efecto, mediante mil artificios y dilaciones, estorbó á los Caraman que se llevaran consigo al jóven sultan para ponerle en seguridad en sus dominios, miéntras ellos tambien se retiraban ante el ejército de Amurat II.

Informado secretamente Amurat por el traidor de la retirada de Mustafá á las cercanías de Isnik, envió á Mikhal-Oghli con un puñado de hombres á caballo,

para que se apoderara de sus jóvenes hermanos. Tadjeddin, su fiel visir, defendió su asilo en un combate singular contra Mikhal-Oghli para darles tiempo á que salieran del baño y se fugaran; pero durante esta lucha heróica en que Mikhal-Oghli cayó herido de muerte bajo el yatagan de Tadjeddin, Elías, atando con cuerdas á Mustafá, le llevó á las avanzadas del ejército de Amurat á las puertas de Isnik y le entregó á Mezid-Bey, caballero mayor del emperador. El pobre niño fué ahorcado de las ramas de una higuera en un jardín, á la puerta de la ciudad, para que desfilara el ejército ante su cadáver. El segundo hermano de Amurat, aunque por sus años debia estar al abrigo de toda sospecha criminal, desapareció tambien por una medida atroz de prevision de los ministros de Amurat.

De este modo quedaba ya suplido tres veces en tres reinados, por medio del fratricidio, el principio de sucesion al trono por derecho de primogenitura. En las imperfectas legislaciones del Oriente, la sangre llena los huecos de las leyes.

XIX

Amurat II solo se detuvo en Isnik el tiempo necesario para que se hicieran los honores fúnebres á las dos criaturas, y para enviar sus cadáveres á la tumba de su padre en la mezquita verde de Brusa. Inmediatamente despues se fué derecho al principado de uno de sus vasallos mas poderosos, el príncipe de Castemuni, Isfendiar, que habia fomentado y sostenido la rebelion de sus hermanos. Isfendiar, vendido en la batalla por su propio hijo el príncipe Kassim, y herido en una mano por su propio visir Yakschi-Bey, huyó á Sínope, ciudad marítima del mar Negro, donde habia establecido su capital.

Perseguido en Sínope por el ejército otomano, Isfendiar no pudo comprar el perdon y la paz de Amurat, sino dándole en matrimonio su hija, la célebre princesa de Sínope, cuya hermosura cantada por los poetas y por los historiadores de aquel tiempo, habia inflamado la amorosa imaginacion del jóven sultan. Esta pasion que tenia Amurat por la belleza de sus esposas, cuyos encantos se disputaron alternativa-

mente ó á la vez su corazon, agitó á menudo la política del Oriente, desde el interior de sus palacios.

XX

Sus victorias no le tranquilizaban completamente sobre la seguridad de su trono, sobre todo en Asia, donde tenia feudatarios tan poderosos como turbulentos que solo se sometian para imaginar nuevas rebeliones y guerras. Las repetidas traiciones de Elías-Bey y de Kassim-Bey, de que se habia aprovechado, iban tomando cuerpo en su propio consejo. Las rivalidades existentes entre los cinco visires, entre los cuales habia debido distribuir sus favores en los malos dias, podian cambiarse en ingratitud que le acarreará grandes perjuicios. Principió por satisfacer ámpliamente la ambicion de los tres hijos de Timurtasch, sus compañeros de infancia y de guerra, dando al primero de ellos Umur-Bey, el principado de Kermian, al segundo, Urudj, la gerarquía y el título de *heglerbey* ó príncipe de los príncipes (generalísimo) y al tercero, Ali-Bey, el principado de Sarukhan. Recompensados y separados así estos tres visi-

res, quedaban únicamente los dos restantes para dividirse el ejercicio de la autoridad imperial. Amurat II se hallaba seguro de la fidelidad del primero Ibrahim-bajá, el amigo de su padre Mahomet I, el autor de su propia fortuna, el diestro cómplice del infortunado Bayezid-bajá en los dos meses de gobierno póstumo que ocultando la muerte de Mahomet, había asegurado el trono á su hijo primogénito.

Pero el segundo Auz-bajá, con una ambicion impropia de un visir, había sabido tomar sobre el ejército un ascendiente que pensaba imponer al jóven sultan, ó que queria explotar sediciosamente por sí mismo provocando un ofrecimiento al trono en su favor por una popularidad soldadesca hábilmente fomentada entre los genízaros. Auz-bajá desconfiaba de las intenciones del sultan, como el sultan desconfiaba de las tramas de su ministro. El vigilante Ibrahim estaba alerta y advertia á su amo de los pasos equivocados que daba su peligroso cólega, y Amurat que, por prudencia, había contemporizado, conoció que había llegado la hora de herir ó de que á él le hirieran.

Un dia que estaba reunido el divan para deliberar sobre una sorda emocion de los genízaros, Amurat, como por un ademan casual y familiar, apoyó su mano en el pecho de Auz-bajá, y bajo su vestido de

visir oyó resonar una coraza de guerra. Al sentir estas armas ocultas llevadas al consejo, el sultan convencido de una injuriosa precaucion ó de una premeditacion culpable, ordenó á los tschauschs ó *chiaux* que sacaran los ojos al visir. Este suplicio, ejecutado, sin que se oyera un grito, sobre el favorito del ejército, que cuando ménos había delinquido por prudencia, y el apartamiento de los tres hijos de Timurtasch, demasiado poderosos en Asia para servir de buenos cortesanos, confirmó la autoridad del sultan, por el silencio y el terror del ejército. Todo se esperó de un príncipe que sabia recompensar, se temió todo de un amo que castigaba á tiempo, y todo se cedió á un sultan que queria reinar soberanamente.

Despues de este doble golpe de Estado de Isnik que devolvía la unidad al consejo, el fiel Ibrahim, á quien el sultan llamaba familiarmente *Lala* ó padre, fué el único visir, cabeza y mano del sultan Amurat II.

XXI

Las fiestas de sus bodas con la princesa de Sínope, señalaron la vuelta de Amurat á Andrinópolis. La

jóven viuda de Khalil-bajá, princesa educada desde la muerte de su marido en el haren del sultan, fué enviada con un séquito imperial á Sínope para traer á la capital á la prometida de Amurat II. Su entrada triunfal en Andrinópolis rivalizó con las pompas imperiales de Constantinopla y de Samarcandia. Tres hermanas jóvenes del sultan fueron casadas el mismo dia, una con Kassin-Bey, hermano político de Amurat é hijo de Isfendar, otra con Karadja-Tchelebi, gobernador general de las provincias turcas de toda el Asia, y la otra con el hijo del gran visir Ibrahim-bajá.

Los príncipes soberanos de Servia y de Valaquia asistieron á las bodas de Andrinópolis mas bien como vasallos que en calidad de aliados. El sultan, que nada deseaba tanto como la paz, les envió en su nombre con ricos regalos para el rey de Hungría, Sigismundo, en prueba de deferencia y de reconciliacion. Aquel tributo de amistad se componia de caballos turcomanos, armas de Persia, brocados de Bagdad, alfombras de Caramania, y copas de oro cinceladas para quemar los perfumes del Yemen. El rey de Hungría contestó con otros regalos de Europa, como telas de Flandes, caballos de Frisa, encajes de Malinas, pomos de silla de oro, terciopelos de Utrecht y bolsillos de florines de oro de Hungría.

Amurat se embriagaba en la pasion que le inspiraba la princesa de Sínope.

XXII

De todos los príncipes vecinos ó vasallos suyos que turbaron el principio de su reinado, solo le quedaba el viejo Djuneyd por pacificar ó dominar; la vejez no destruía en aquel anciano la inquietud y la perfidia de que habia dado tantas pruebas en su largo destino, y despues de haber elevado y perdido á tres sultanes, pensaba en perder á otro mas, ingrato siempre con la gracia que habia recibido, ó siempre descontento del premio que merecieran sus traiciones.

A la mañana siguiente de aquella noche en que desertó el campo de Mustafá sobre el Ryndacus, dando de ese modo al ejército la señal de la rebelion y el terror de la derrota, Djuneyd con los setenta ginetes de su comitiva, llegó á Tira, delicioso lugar de sus antiguos dominios situado en el valle sombrío del Strymon, y despues de haber dado descanso á sus caballos y aumentado su escolta con una nube

de sus antiguos vasallos, gozosos de unirse á él para humillar á Esmirna, su rival en opulencia y en comercio, atravesó en un dia la llanura de Burghaz-Owa por donde serpentea el Caistre y cayó sobre Esmirna que habia permanecido sin amo y sin guarnicion miéntras duraba la lucha entre los dos sultanes.

Esmirna, la Fócida, las orillas del golfo, los pueblos y aldeas de la Jonia, desde el cabo Negro hasta Efeso, al ver de nuevo á un príncipe que los habia gobernado largo tiempo y que se decia reconocido y restaurado por Amurat, le suministraron en pocos dias tesoros y soldados para restablecer su poderío. En vano el príncipe de Aidin, turbado y celoso con la presencia de tan terrible vecino, marchó contra él á la cabeza de su ejército; pues Djuneyd se adelantó á él con seis mil combatientes por las gargantas entre Efeso y Tira, desembocó audazmente sobre el Burghaz Owa, y apoyando su izquierda en un lago, y su derecha en los pantanos del Caistre, esperó al príncipe de Aidin.

Los dos ejércitos despues de haberse medido un instante con la vista, sin poder acercarse porque los separaban los pantanos del Caistre, encomendaron la suerte de la batalla á un duelo á muerte entre sus dos gefes en el único espacio sólido que habia entre los dos campos.

Djuneyd, á pesar de sus ochenta años, cuyo peso no sentia con el ardor de su ambicion en el momento de reconquistar ó de perder para siempre sus dominios, lanzó su caballo contra el del jóven bajá de Aidin con una impetuosidad desesperada, y despues de una lucha sangrienta entre los dos campeones, lucha en que la destreza y el vigor suspendieron durante largo rato la muerte sobre sus cabezas, Djuneyd alzó su maza de armas, y sin cuidarse ya de su defensa, la descargó sobre el bajá de Aidin que cayó tendido sin movimiento á los piés de su caballo.

A este prodigio de fuerza debido al brazo de un anciano, ambos ejércitos aplaudieron sin distincion de causa como á una sentencia del cielo, y el ejército del bajá reconoció por príncipe de Aidin al viejo Djuneyd. Las provincias de Esmirna, de Efeso, de Fócida, de Tira, de Magnesia y de Aidin volvieron á caer en poder de Djuneyd mediante aquella hazaña, y la independencía de un territorio tan vasto bajo una casa tan pérfida y ambiciosa, amenazaba casi al sultan con un imperio rival del suyo en Asia.

XXIII

En cuanto Amurat II pudo consolidar su reinado en Andrinópolis, se apresuró á enviar un ejército para refrenar aquella ambicion y restablecer la autoridad imperial en aquellas provincias usurpadas durante su ausencia. Con este fin buscó entre sus generales al que mas ultrajes personales tuviera que vengar en la sangre de Djuneyd. Ibrahim, su gran visir, le aconsejó que confiara su ejército á Khalil-bajá, que se habia casado con la hermana del infortunado Bayezid-bajá, sometido á un suplicio cruel por Djuneyd bajo los muros de Galípoli despues del levantamiento de sus tropas en favor del sultan Mustafá. Esta hermana querida y estimada del sultan habia inspirado á su marido Khalil sus implacables resentimientos contra el asesino de su hermano.

Cuarenta mil hombres de las tropas mas escogidas de Amurat siguieron á Khalil al Asia, y se adelantaron por el valle de Magnesia hácia las estrechas gargantas de Tira que se abren en direccion de Aidin y de Esmirna. Djuneyd esperaba al ejército oto-

mano en aquellas Termópilas de sus dominios. Su hermano Hamza y su hijo Kurd, dejaron por la noche el campamento de Tira, y subiendo por los bosques escarpados y las cumbres de la cordillera de montañas donde está edificada la ciudad, cayeron al amanecer sobre el ejército turco; pero sorprendidos á su vez por una reserva de Khalil que se habia quedado á retaguardia para vigilar aquellos bosques, Hamza y Kurd heridos y prisioneros, tuvieron que soportar los hierros de Khalil.

En cuanto Djuneyd recibió la noticia de que su hijo y su hermano estaban vencidos y cautivos, abandonó las gargantas, los valles de Tira y la llanura del Caistre á los otomanos, y se encerró presuroso con un corto número de intrépidos guerreros en un castillo casi inaccesible, cuyos restos se ven aun en el dia suspendidos como un nido de águila sobre los costados del monte Hipsila, á vista de la mar, y en frente de la isla montuosa de Samos, y allí llorando de antemano la muerte de aquellos dos seres tan queridos, que fueron enviados á Andrinópolis cargados de cadenas, se preparaba á vengar sobre Khalil su triste destino.

En breve sin embargo, sabiendo que el sultan enviaba para gozar de su suplicio á Hamza, aquel hermano de Bayezid-bajá que habia perdonado en Galí-

poli cuando mandó cortar á este la cabeza, Djuneyd que tenia aun la mar libre, dejó á sus postreros defensores en su castillo del monte Hipsila, y huyó en una barca á Caramania.

Allí alistó algunos miles de soldados de á caballo y luego se volvió por los valles del Tauro hácia Tira y Efeso, atravesó sable en mano por entre las filas de Khalil, y fortificándose de nuevo en el monte Hipsila, obligó á los otomanos á que negociaran con él, á beneficio de su actitud imponente.

Khalil le concedió una capitulacion honrosa y segura, y le recibió bajo sus tiendas en su propio campamento; pero Hamza que no habia comprometido su palabra y que espiaba la hora de la venganza en Efeso, envió cuatro verdugos por la noche á la tienda de Djuneyd con orden de traerle la cabeza del asesino de su hermano. Los verdugos, introducidos en silencio dentro de su tienda, temiendo sucumbir en su asesinato contra aquel viejo cuando no durmiera, le cortaron la cabeza durante su sueño.

Hamza envió aquella cabeza, tan fértil en perfidias como en heroismo, á Andrinópolis, donde le esperaban expuestas á las puertas del serrallo las otras cabezas cortadas ya de su hijo Kurd y de su hermano Hamza.

Digno fin de un traidor que todo lo habia sacrifi-

cado á la fortuna de su familia que murió ántes que él, y que con sus traiciones habia enseñado á sus enemigos á burlarse de la palabra humana.

XXIV

Elías-Bey que al seducir y entregar á los dos hijos de Mahomet I, acababa de fundar su fortuna sobre la perfidia, á imitacion de Djuneyd, recibió por medio del suplicio el merecido premio de su infamia. Sus dos hijos Uweis y Ahmed, que por orden del sultan habian sido encerrados en los calabozos de Tokat, lograron escaparse, el uno oculto en un carro de paja, y el otro metido en un costal de avena. Uweis, descubierto á las puertas de la ciudad, fué decapitado, pero Ahmed pudo refugiarse en la Persia.

El príncipe de Caramania, Mohammed-Bey sublevó de nuevo sus vasallos para vengar á su hermana, esposa de Othman-Bey, príncipe de Tekké, que las tropas del sultan habian reducido á la esclavitud despues de haber vencido y muerto á su marido, pero el príncipe de Caramania murió de un balazo

de cañon, disparado de las murallas de Satalia en el cerco que la puso, y su hijo mayor el príncipe Ibrahim se llevó el cuerpo de su padre á Caramania para darle sepultura con sus abuelos.

Otros dos hijos de aquel príncipe, vencidos y hechos prisioneros bajo las murallas de la ciudad sitiada, fueron conducidos á Andrinópolis, y el sultan Amurat tratádoles como aliados y no como enemigos, dió á cada uno de ellos la mano de una de sus hermanas y concedió á Ibrahim-Bey, el primogénito, la herencia del principado paterno de Caramania.

XXXV

Sin embargo, los generales del sultan en Asia no imitaban la generosidad ni la buena fe del soberano. Corrompidos por su trato con los tráfugas griegos, que les enseñaban la perfidia como un arte de buena política, y conservando la ferocidad nativa de los tártaros, no economizaban la astucia ni la sangre para subyugar á los pueblos rebeldes á su gobierno.

Muchas de esas infamias públicas consternaron

por aquel tiempo la baja Armenia, sometida ya al yugo de los sultanes. Yurkedj-bajá, que gobernaba por Amurat esa provincia, no habiendo podido reducir por medio de las armas á los cuatro hermanos turcomanos, gefes de tribu que asolaban los campos de Tokat y de Kars, que robaban las mujeres y los rebaños, é incendiaban las tiendas de los turcos, les envió su propio hijo á proponerles una entrevista de pacificacion, lisonjeádoles con la esperanza de que podría concederles un principado hereditario en aquellas montañas. Los bárbaros se dejaron convencer por la presencia del hijo de su enemigo, que se entregaba de aquel modo en rehenes entre sus manos, y por los regalos de Yurkedj-bajá. Cuando llegaron al sitio designado para la entrevista con quinientos ginetes de sus tribus, se hallaron, en vez de Yurkedj-bajá con un mensaje suyo, en que pretestaba una enfermedad para disculpar su ausencia, y en que les suplicaba que llegaran á Amasia donde les esperaban la buena acogida y la inviolabilidad inherentes á su calidad de negociadores. Sin la menor desconfianza siguieron al hijo del bajá.

Yurkedj-bajá los recibió como á huéspedes sagrados, les dió habitacion en su propio palacio, y se sentó con ellos á un largo festin donde les embriagó de confianza, de vino y de sueño. Pero un despertar